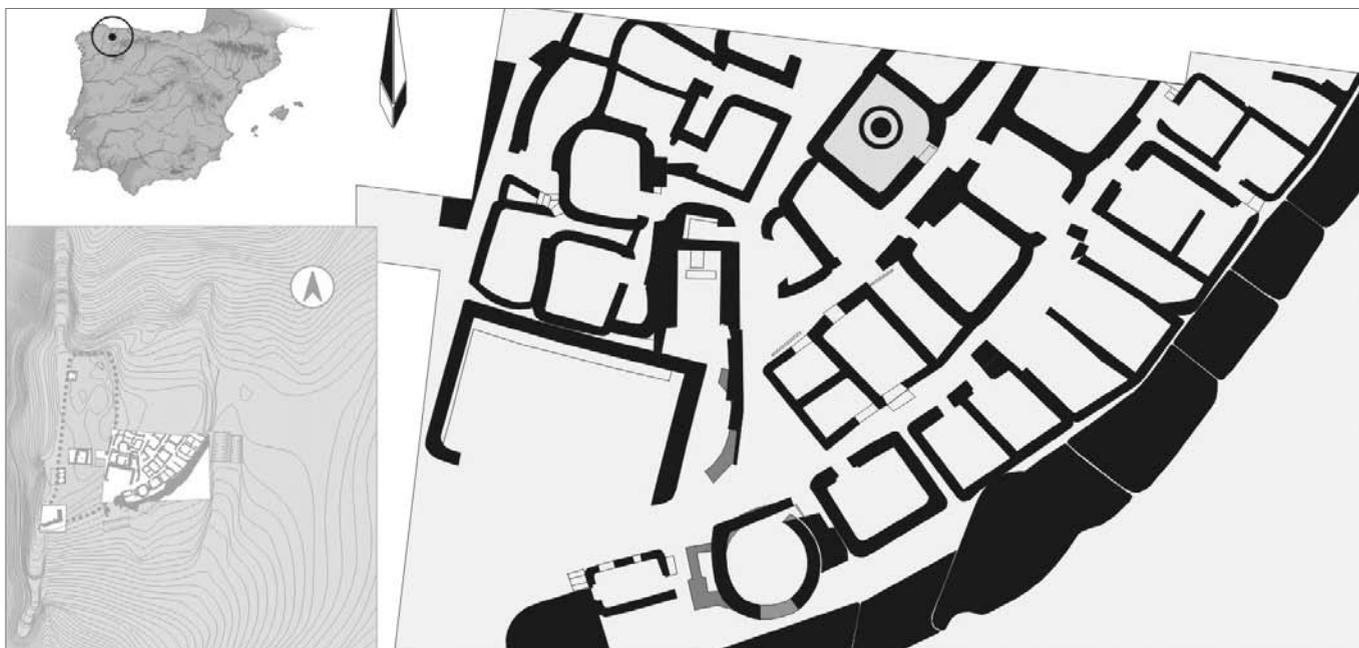




7 LA PRESENCIA NO ACCIDENTAL DE UN HACHA DE TALÓN EN UN FONDO DE HOGAR EN EL CASTRO DEL CHAO SAMARTÍN (GRANDAS DE SALIME, ASTURIAS)

Miguel Ángel De Blas Cortina
Ángel Villa Valdés

Fig. 1. Localización de la cabaña y el hogar del que procede el *palstave*.



1 El Chao Samartín durante la Edad del Bronce

Superada hace algunos años la diatriba sobre su fundación romana, los castros que se extienden al Oeste del río Nalón alumbran paulatinamente firmes pruebas que señalan la implantación del hábitat fortificado en el paisaje de la Asturias prehistórica, al menos, desde finales del siglo IX a.C. El descubrimiento de la acrópolis del Chao Samartín y su precisa fechación en el Bronce Final abrió la puerta a la interpretación del registro de otros yacimientos a los que cabe suponer, a la luz de aquellos datos, una antigüedad similar, cuestión ésta de otro modo comprometida al tratarse de excavaciones de escasa entidad o documentación deficiente¹.

Una década de continua investigación en el Chao Samartín permitió afrontar la excavación *in extenso* de los principales ámbitos espaciales del poblado y reconstruir a grandes rasgos las etapas más

significativas de su ocupación. Un relato de base cronoestratigráfica que favorece la lectura verosímil de acontecimientos muy precisos, no siempre asequibles al análisis arqueológico, de manera particular cuando, como es el caso, su intención se presume ajena a cualquier uso instrumental. Así ocurre con este hacha de talón y anillas depositada, tras siglos de manipulación, bajo el lar de una cabaña que, fundada durante la Edad del Hierro, se mantuvo en servicio hasta el siglo II de la era.

El poblado de la Edad del Bronce se extendía sobre la explanada principal del promontorio. La intensa ocupación que durante los siglos posteriores experimentara este espacio, ocasionó la práctica desaparición de los testimonios arquitectónicos del aquel periodo, excepción hecha de los fosos que delimitaban el asentamiento primitivo y que hoy se mantienen, en gran parte, sepultados bajo las fortificaciones de la Edad del Hierro. Los testimonios restantes se reducen a hoyos para el encaje de postes y a algunos rebajes de la base rocosa que, ocasionalmente, protegieron escasos relictos de los suelos formados entonces. Por fortuna, la reutilización

1. La Forca (Grado), Os Castros (Taramundi), El Picón (Tapia de Casariego) o San Chuis (Allande) (Villa, 2005).

Fig. 2. Vista aérea del Chao Samartín (Septiembre, 2003).



masiva del espacio doméstico no se generalizó a la totalidad del emplazamiento y algunas bandas de terreno, caso de la Acrópolis, se mantuvieron hasta cierto punto ajenas a los cambios y refacciones que habrían de experimentarse durante los siglos posteriores. Esta circunstancia favoreció la conservación, al menos en sus niveles basales, de un insospechado conjunto monumental que se extiende sobre la estrecha franja que corona el yacimiento y cuya fundación se remonta a fines del siglo IX a.C. (Villa y Cabo, 2003).

Como es natural, el registro de materiales metálicos contemporáneos de este primer asentamiento procede en su mayor parte de las zonas intactas de la acrópolis y, en particular, del interior de la gran cabaña. Son productos que se encuadran técnicamente en el universo industrial propio de las manufacturas atlánticas de la época, entre los que

están presentes piezas tan características como algunos fragmentos de caldero, asas de sítula o piezas más singulares como el gran disco de bronce fabricado a partir de planchas de bronce cosidas mediante tiras fijadas con clavos y remaches (Villa, 2002). En este repertorio de piezas procedentes de horizontes datados durante el Bronce Final y tan propias de su metalistería resulta llamativa, no obstante, la ausencia de hachas de talón y anillas, sin duda alguna el objeto más representativo del periodo en la región. Y es que las dos piezas recuperadas en el Chao Samartín proceden de ambientes domésticos varios siglos distantes del mundo que justificó su fabricación. Si bien sobre el primer ejemplar, del que tan sólo se conserva el talón, no puede precisarse otro dato que su hallazgo en una estancia de cronología altoimperial², el segundo posee un pormenorizado registro cuya descripción se aborda seguidamente.

2. Comunicación verbal de Alfonso Menéndez Granda.

2

Las circunstancias del hallazgo: cuestiones cronoestratigráficas

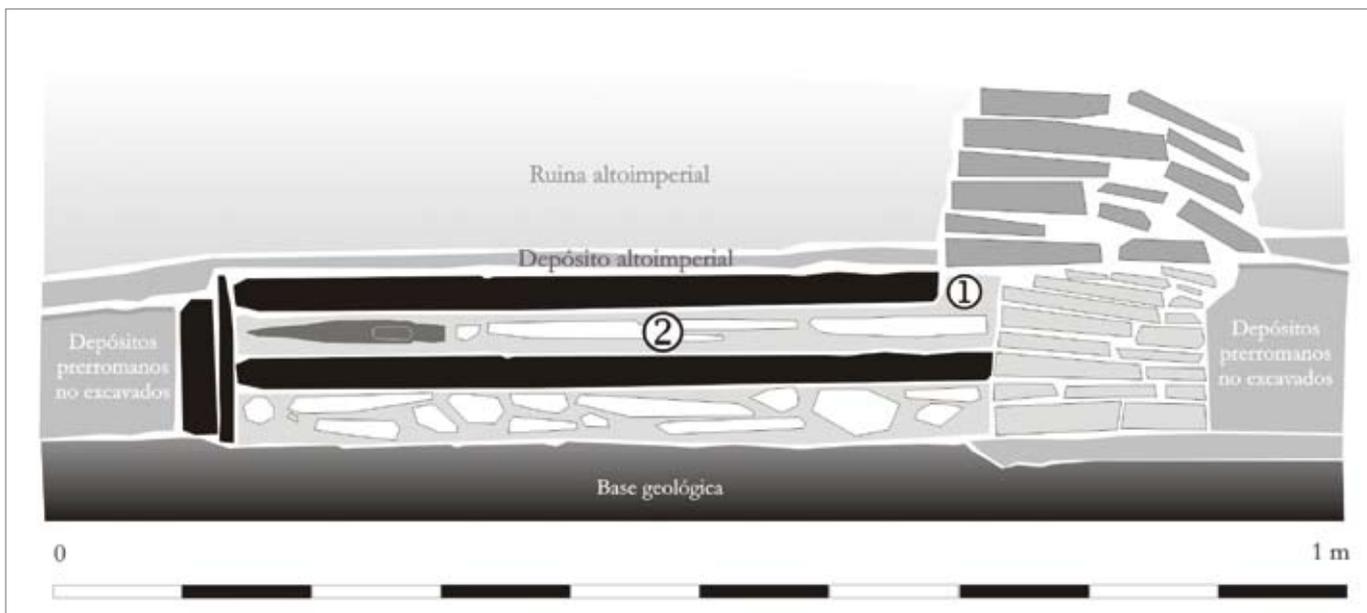
La pieza fue depositada bajo un hogar durante las reformas emprendidas en una de las cabañas que, aunque levantada durante los siglos anteriores a la conquista, perduró como construcción en uso hasta el abandono definitivo del poblado durante el siglo II d.C. El edificio original era de planta rectangular con esquinas de remate curvo y una superficie útil interior en torno a los 20 m². Su fundación se produjo durante los siglos anteriores a la conquista, pudiendo remontarse hasta el siglo IV a.C., momento en el que ya se constata la presencia de cabañas de factura y dimensiones similares (Villa, 2001). Desde entonces contaba ya con un hogar central y trashoguero, opuesto al vano de entrada que se abría sobre el paño oriental. La estructura estaba delimitada por losas de pizarra verticales

definiendo una cubeta rectangular de 1,30 x 60 m y base regularizada con ripio del mismo material. Sobre este lecho se instaló un primer lar monolítico cubierto, tiempo después, por una segunda plancha que ocultaba el hacha de bronce.

La construcción se mantuvo en uso aún bajo dominio romano hasta un momento avanzado del siglo II cuando el poblado se abandona definitivamente. Es probable que durante este último periodo de la primitiva cabaña, a la que se habían yuxtapuesto nuevas estancias, hubiese perdido el hogar toda función como indican la práctica ruina del trashoguero y la ausencia de combustible en su entorno.

Por lo que se refiere al momento probable en el que se efectuó el depósito, las fechas calibradas a partir de los restos de madera que se conservaban bajo el trashoguero y sobre la primitiva plataforma determinan una horquilla temporal comprendida entre mediados del siglo II a.C. y primeras décadas del siglo I d.C. (2)³. En consecuencia, vista la incuria y el estado de alteración

Fig. 3. La reforma eventual del hogar se produjo mediante la superposición de sus elementos estructurales –trashoguero y plataforma de combustión– depositándose el hacha bajo el último lar, asociado a sedimentos orgánicos de los que proceden las dataciones radiocarbónicas CSIC-1778 (1) y CSIC-1781 (2).



3. CSIC-1778 2051+ 32 Cal BC 166-127 (11,5%) / Cal BC 122-Cal AD 24 (83,9%).
CSIC-1781 2053+ 37 Cal BC 168-Cal AD 24 (95,4%).

en que se mantenía el centenario hogar en época romana, que la sobreelevación del piso respecto a la plataforma de combustión no hace más que refrendar, nos inclinamos a considerar como posibilidad más solvente la definitiva deposición de el *palstave* en el lugar de su descubrimiento antes de la consolidación del dominio romano en la comarca.

3 El hacha de talón y anillas

La pieza en cuestión es de bronce, un *palstave*⁴ de dos asas laterales con una longitud de 162 mm y un peso de 579 g. En ella contrastan su notoria alta calidad material, sin duda una buena aleación broncea sin irregularidades ni fisuras aparentes, y un discreto descuido en el acabado, circunstancia esta última que no mengua la habilidad técnica de sus autores. El caldo de fundición fue vertido en un molde de dos valvas del que provienen las nerviaciones irregulares que incrementan la solidez de la hoja; también parecen debidos al molde sendos pares de acanaladuras que decoran sus costados, fórmula ornamental muy raras veces presente en este tipo de instrumentos. Después de fundida sufrió la pieza el recorte transversal y lateral del talón, manipulación infrecuente, que suponemos ejecutada para su acomodo a un mango o soporte distinto al convencional. Una espléndida pátina, fruto de casi tres milenios, recubre superficialmente una pieza que, de acuerdo con diversas señales en el filo, hoja y talón (finas incisiones paralelas, pequeñas huellas de impacto, serraduras, recortes, etc.) (fig. 4) conoció una etapa de uso instrumental antes de su definitiva amortización, depositada en el, aparentemente ordinario, lugar donde fue descubierta durante las excavaciones arqueológicas.

Por destacar la peculiaridad del cuádruple nerviado, gracias a las tres acanaladuras que recorren dos tercios de la hoja, anotamos algún ejemplar nor-

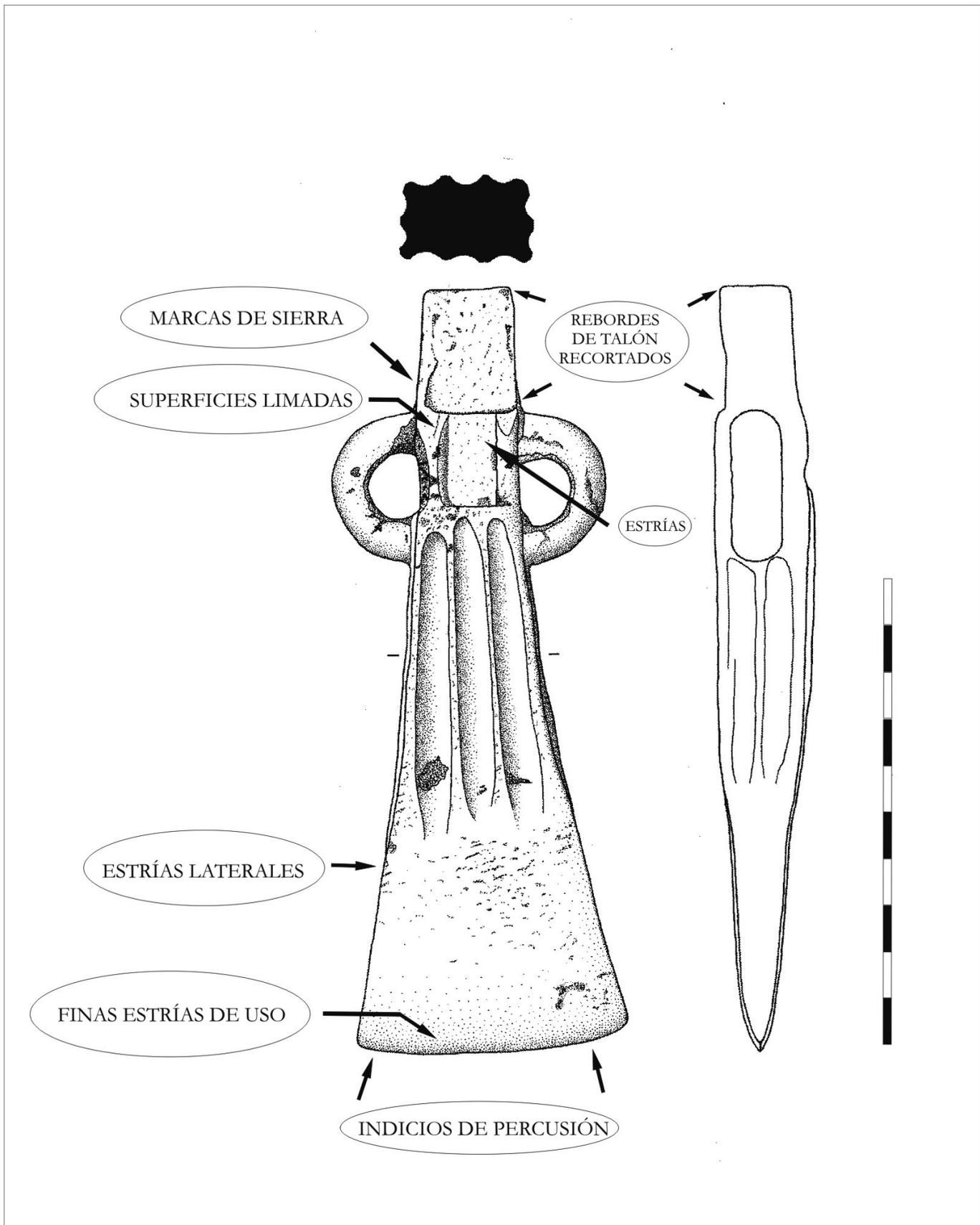
teño como el leonés de Mondreganes (Fernández Manzano 1986: 70, n.º 4), si bien las hojas de ambas hachas muestran neta diferencia morfológica, traducida ésta en la tendencia espatulada de la asturiana y en el discreto resalte del tope de su talón. Acaso resulte más próxima otra hacha, de tipo así mismo infrecuente, con idéntico número y disposición de las acanaladuras que conforman el nerviado sobre una hoja de atributos cercanos a la de la del Chao, procedente del Castro de Cerdido, en Ortigueira, La Coruña (Monteagudo 1977: n.º 1286), aunque cabe destacar como rasgo diferencial el que en la pieza gallega se extiendan las anillas sobre la hoja y no sobre el talón como ocurre en la que aquí nos ocupa.

Es evidente que en el útil-arma del Chao sus rasgos técnicos (en los que el limado, el martilleo y el trabajo a punzón jugaron un importante papel) y formales no se acomodan a los tipos de hachas de talón dominantes en el Noroeste peninsular en las postrimerías de la Edad del Bronce, diseños caracterizados por una mayor estilización y las hojas de costados casi rectos, y a menudo fundidos en serie. Por el contrario, la del castro asturiano presenta una matizada, leve, tosquedad, siendo más artesanal en su génesis y por ello menos sujeta a pautas formales muy precisas; dotada de un aspecto general, sobre todo en la hoja, que recuerda a otras piezas, siempre en número escaso, repartidas entre el Alentejo y Galicia. A la impresión primera de toparnos con un producto bastante temprano, coordinable en la metalurgia broncea del Bronce Final atlántico II, a partir del 1000 a.C., cabe oponerle su insoslayable carácter de rara avis en el concierto de las producciones bronceas del Noroeste ibérico, dotadas de una regularidad de tipos de los que este producto del suroeste de Asturias disiente con nitidez.

Apreciado su atipismo, la pretensión de un mayor ajuste morfotemporal nos parece bastante arbitraria, a no ser que afloren detalles de valor diagnóstico en el análisis de las características de la aleación constitutiva de su bronce, aún por determinar. En todo caso, responda el hacha del Chao

4. Optamos por la utilización de esta vieja voz (p. e. J.W. Mollet, *Dictionary of art and archaeology*, London, 1883), de uso aún habitual en la bibliografía británica (W. Bray & D. Trump, *The Penguin Dictionary of Archaeology*, Penguin Books, 1972).

Fig. 4. El hacha fue utilizada como instrumento antes de su deposición, ya convertida en reliquia, en el hogar castreño (Dibujo: J.M. Mon Naveiras).



de Samartín a una mayor o menor antigüedad en el concierto de la metalistería del Bronce Final del Noroeste, lo que no parece discutible es su discordancia, cronocultural, con el hogar con que se vincula; discordancia aparente puesto que, pensamos, responde esa relación espacial a causas que de ningún modo podemos interpretar como fortuitas.

4

Conjeturas sobre el vínculo hacha-hogar

Excluido el carácter accidental del hallazgo, y también la hipótesis muy improbable de su ocultación por razones económicas como el valor intrínseco de la pieza en su condición de reserva de material bronceo, las causas de esa posición subyacente del hacha con respecto a la estructura del fuego hogareño parecen más propias de una operación de índole extramaterial.

No es ocioso, por tanto, el recordatorio de que tanto los hogares como las hachas disponen de espacio propio, bien acotado, en el universo mental de las sociedades primitivas. El primero aporta el calor y la luz, ambos imprescindibles, y también la posibilidad de la preparación de una parte importante de los alimentos. Constituye pues una realidad tangible que se reconoce como estrechamente asociada a la vida. La universalidad de esa idea del hogar como centro vital –y, por tanto, de lugar en el que se fortalecen las relaciones familiares, al fin sociales, y donde se desarrollan la afectividad y la madurez psíquica– se refleja en numerosas tradiciones en las que el hogar es un santuario donde se instalan imágenes sagradas y otros objetos relativos al culto a los seres tutelares que en el mismo radican. Frente a lo claramente pautado de los espacios en las sociedades desarrolladas, la distinción entre ámbito sagrado y local profano es difusa o inexistente en otras muchas culturas (Humphrey y Vitebsky, 1977: 38).

Por su parte, el hacha, más allá de su utilidad primaria como arma-instrumento, es un objeto de valor multiforme en diferentes sociedades y épocas. Con frecuencia alude al estatus de su poseedor, en

tantos casos emblema de poder, pero también indicativo de actividades económicas específicas como la agricultura forjada tras la previa deforestación, o elemento de connotación sexual: una referencia a la virilidad y por ello, en su misma lógica, a la fertilidad. Se asocia así mismo al rayo, al cabo un fenómeno desencadenante del fuego; las llamadas en el mundo clásico *ceraunias* o “piedras del rayo” fueron, además de los sílex tallados, las hachas pulimentadas prehistóricas tal como opinara ya en el s. XVI Michele Mercatori. El hacha llega a ser interpretada en algunas culturas como la representación del centro de mundo: el eje en torno al cual se estructura el universo. La hipótesis de esta función axial fue ser reconocida incluso en su origen lingüístico, recurriendo a la identidad de la voz que en inglés se refiere tanto al hacha como al eje: “*axe*” = hacha; plural “*axes*” = eje y “*axis*” = eje, en latín (Viri, 1985: 105, 180 y 245).

Tal vez quepa, pues, admitir la posibilidad de un vínculo hacha-hogar a través de su relación con el fuego que, según lo expuesto, se halla en la naturaleza de ambos; de la proximidad de parte de la dimensión simbólica que se les otorga a elementos en principio tan dispares. Aguas abajo del río Navia, en otro castro notable, el de Pendia, es probable que igualmente se hubiera producido esa correspondencia entre hogar y hachas. En este caso, aunque carezcamos de firmes elementos de prueba, llama la atención el que fueran halladas en rebuscas efectuadas en 1934 un hacha de talón y una anilla junto con varias de piedra pulimentada, una de las cuales, muy pequeña, fue ya calificada de “evidentemente votiva” (García y Bellido 1942: 305).

Seguramente sea la de bronce alguna de las de origen desconocido del Museo Arqueológico de Asturias, puesto que el conjunto de aquellos materiales fue donado a la Comisión Provincial de Monumentos de Asturias de donde pasaron al aludido museo. Las pulimentadas son cinco y entre ellas destaca por su calidad material y formal una de fibrolita, provista de un orificio transversal en la zona del talón, orificio que parte, en las dos caras, de sendos ojales fusiformes, tajados en doble bisel (De Blas Cortina y Maya González, 1974: fig. 6). Si le concedemos una especial atención a esta hoja finamente pulimentada no es sólo por los atributos

señalados, además de su acentuado aplanamiento y cercanía en proporciones, 13,5 cm, a las grandes hojas neolíticas, si no por constituir una de esas piezas excepcionales en el concierto de las hachas pulimentadas de todo el Norte ibérico. El escueto grupo de las hojas largas y ultrapulimentadas, dotadas de orificio proximal, alcanza su mayor logro, en claro contexto megalítico, en el testimonio excepcional del dolmen de Santa Cruz, en Cangas de Onís, mientras que otro de tipología afín procede también de la cuenca del río Sella. A estas hachas de la Asturias oriental se suma apenas otro par de perforadas, de serpentinita, también sumamente aplanadas, descubiertas en Galicia. Son en conjunto raros elementos simbólicos, en ningún caso destinados al trabajo; por tanto, objetos especiales a caballo entre la artesanía y la verdadera obra artística (De Blas Cortina, 1997: 80 y 81).

A las hojas pulimentadas se les atribuían en la Asturias tradicional, como “piedres de rayu”, virtudes curativas y propiciatorias, además de protectoras del relámpago e influyentes en la fertilidad ganadera (en el concejo de Caravia, en la costa centro-oriental asturiana, con la “piedra de rayu” bañada en leche se frotaban las ubres de las vacas como profilaxis y estímulo para el parto de nuevas hembras) (De Blas Cortina y Maya González, 1974), variantes éstas asturianas de prácticas recogidas en otros folklores ibéricos y europeos, como el que en algunas regiones francesas el hallazgo de estas piezas en las tierras de labor constituyera augurio de buena cosecha y de que las heladas no afectarían a los cultivos (Ribon, 1993: 132). No es desatinado admitir a la luz del encuentro de tantas ceraunias en contextos de la Edad del Hierro, el que la atribución a las mismas de todas esas virtudes salutíferas, apotropaicas y estimulantes de la fertilidad pueda remontarse ya a tiempos prehistóricos terminales. Muy cerca, formalmente, de los escoplos pulimentados neolíticos se encuentran los largos cristales cónicos que aparecen en los campos borgoñones. Conocidos en aquella región francesa como “*fuseaux de Sainte-Reine*”, por recordar a los husos de hilado, se les reconocía también la calidad de protectores de la casa y, aún más, dispuestos en el ataúd, aseguraban los *fuseux* un viaje feliz hasta el otro mundo (Déceneux, 2000: 110).

Los aludidos hallazgos de Pencia tuvieron lugar en la “Gran cabaña”, elevada en solitario en el sector meridional del castro; una estructura en la que tanto su posición central en un recinto murado, como sus dimensiones, denotan la probable vocación de edificio comunitario más que de vivienda convencional. El hecho de que en esa construcción singular se produjera un acopio llamativo de hachas de filiación tan antigua, la cabaña podría remontarse siguiendo paralelos similares bien contextualizados en los poblados de Chao Samartín, Os Castros o, más recientemente, Monte Castro de Pelou al siglo IV a.C. (Villa, 2002 y 2005), no deja de alimentar la impresión de que allí se llevaran a cabo actos sociales que irían más allá de los debidos a las actividades ordinarias de subsistencia. Esa clase de casas aisladas, de buenas dimensiones y con indicios materiales de su función determinante en las relaciones sociopolíticas de los poblados castreños, empiezan a constituir un fenómeno reconocible en la arqueología castreña, especialmente documentado en la acrópolis del Chao Samartín.

En fin, no es improbable que el vínculo hachahogar tenga remotos antecedentes. De tales bien pudiera constituir un caso sugerente el hogar 23 del poblado neolítico gerundense de La Draga. En la pertinente memoria que lo describe se anotan entre los materiales asociados a aquél dos hachas pulimentadas (“*aixes de roca polida*”), aunque no se especifique donde se localizaban en el espacio de 0,90 por 0,90 m en planta y 0,16 m de profundidad que conformaba la estructura de combustión, salvo el dato genérico de que yacían en la capa mediana y negruzca donde también aparecieron otros materiales arqueológicos, y sin atender a consideraciones particulares sobre la probable notoriedad del paradero de semejantes armas o útiles en un dispositivo interpretado como propio para el cocinado de carne, a la brasa o hervida en vaso cerámico, y a la torrefacción de cereales (Bosch *et alii*, 2000: 61-63). Mucho más breve y comprometida, valorando ese hecho singular, es la propuesta de que las hachas se debieran a un rito fundacional, expresada por los mismos autores con anterioridad (Bosch *et alii*, 1999). Un rastro en la bibliografía prehistórica, de mucha mayor ambición que el que aquí pretendemos, aportaría bastantes testimonios de esa llamativa confluencia.

De momento, bástenos reseñar por su notabilidad la figurilla zoomórfica, cerdo o jabalí, depositada en uno de los hogares del poblado del Bronce Final de Laprade, en Vaucluse, un tipo escultórico bien representado en Francia y habitualmente entendido como ritual o cultural, explicada la miniaturización de la bestia como una forma de apropiación del mundo real (Billaud y Breuil, 2003: 348). Éstos y otros casos de la misma naturaleza nos hacen entender como indiscutible el carácter complejo de los fuegos domésticos, y el hecho de que tanto en las sociedades prehistóricas como en las actuales no quepa percibir el hogar, en el ámbito de las ideas, como un espacio doméstico intrascendente o meramente neutral.

Ya en época histórica, allí donde los documentos escritos dejan noticias, se rastrea el cariz sacral del fuego del hogar. En el mundo clásico, con raíces literarias en la tradición homérica, el acto de cocinar era también un gesto de gratitud a las divinidades protectoras de la familia, operación que descubre, a su vez, las normales conexiones entre la esfera religiosa y los actos de subsistencia. Era así habitual que en la cocina de la casa romana existiese un pequeño altar, centro de la concepción religiosa del ámbito doméstico (Fernández Vega, 2003: 232-234). Igualmente, el que la diosa Fornax presidiera la cocción del pan, asociada por tanto al horno y al fuego que lo hace útil (Ovidio, "Fasti" II, 252; Lactancio, "Institutiones" I, 20, 35), revela otra muestra de los vínculos entre fuego, hogar y subsistencia, en la clave religiosa que acabamos de señalar. Por otra parte, la correspondencia entre el culto al hogar y el culto a los muertos, a los antepasados, no es extraña a las culturas clásicas, de modo que términos como "focus" y "lares" sean expresiones equivalentes a "domicilios" (*domitilia*). El culto doméstico a los lares y penates se entiende como una derivación del culto a los ancestros que en época remota se enterraban en las viviendas, mientras que en la península Ibérica no son extrañas las estelas funerarias con forma de casa, en elocuente referencia a ese anclaje de los muertos en el hogar. Además, en distintas sociedades indoeuropeas, practicantes de la incineración como fórmula funeraria, era frecuente el nexo entre la "casa" del hombre vivo y la del muerto, actuando como intermediario el fuego purificador.

Todavía en las sociedades tradicionales gozaba el fuego de honda significación. En la vasca, era la casa el lugar sagrado, protegido por el fuego del hogar y también por otros objetos apotropaicos como el hacha y la hoz, ambos "dotados de poderes místicos" (Barandiaran, 1979: 58-60). Es probable que este sugerente testimonio de las relaciones atávicas entre hogar y hacha constituya la pervivencia de un mundo de creencias más o menos similares en todo el territorio cantábrico y regiones colindantes. La atenta recogida del material folklórico vasco aporta así mismo otros indicios sobre la naturaleza sagrada del ámbito doméstico y su conexión con los antepasados, tal como veíamos más atrás, vínculo en el que nuevamente cumple el fuego hogareño un papel capital como forma constante de alumbrar a los muertos. Ese universo de símbolos sutiles alcanzaría incluso a los ganchos de los que pende el caldero sobre el lar, en los que se colocaban "figuras determinadas" de supuesta "significación protectora" (Caro Baroja, 1982: 15 y 16).

Tras este sumario alegato, el contexto singular del hacha de bronce en la cabaña del Chao de Samartín bien cabría interpretarlo, en sintonía con lo anotado, como resultante de una verosímil operación votiva con la que se perseguiría el tendido de un nexo con los orígenes; una manera de perpetuar el vínculo fundamental con los antepasados y, a través del mismo, gozar de su protección.

El hacha de bronce en su vertiente simbólica vendría entonces a erigirse en una reliquia tangible del tiempo ancestral, capaz de fortalecer las relaciones de continuidad y, como consecuencia deseada, en otorgadora de legitimidad a la nueva casa y a sus habitantes. En la biografía del arma-instrumento –también, gracias a su manifiesta calidad intrínseca, posible bien de prestigio–, es posible rastrear el tránsito de unas a otras situaciones: los recortes del talón comentados y otras marcas de uso hablan del recorrido "vital" del objeto, de su adaptación a distintas funciones en la vida cotidiana hasta alcanzar su último destino como exvoto clave en el rito fundacional, de nexo y protección, de una nueva residencia.

Resumen:

La localización de un *palstave* asociada a un hogar del castro del Chao de Samartín, evidencia los vínculos entre una pieza del Bronce Final y una residencia de la Edad del Hierro en uso hasta época romana. Distintas consideraciones sobre la dimensión simbólica de las hachas (protección, fertilidad, etc.) y su relación con el fuego permiten interpretar el hallazgo del Chao como una poderosa reliquia de los antepasados. Su intención sería el mantenimiento del vínculo atávico, apotropaico, en la refundación de una nueva casa.

Palabras clave:

Hacha de talón, Bronce Final, hogar de la Edad del Hierro, reliquia protectora.

Abstract:

The discovery and contextualization of a *palstave* associated to a fireplace at the Chao de Samartín hillfort clarifies the relationships between a Late Bronze Age tool and an Iron Age residence occupied until Roman times. The symbolic dimension attributed to these axes (protection, fertility, etc.) and its association with fire led to interpret the finding as a powerful ancestral relic. Its function was related to the maintenance of the protector kinship link with the ancestors in the foundation of a new home.

Keywords:

Palstave, Late Bronze Age, Iron Age Fireplace, Protecting Relic.

Bibliografía:

BARANDIARÁN, J.M. de (1979): *Mitología vasca*, San Sebastián, Editorial Txertoa.

BILLAUD, Y. y BREUIL, J.-Y. (& HEDLEY, I., coll.) (2003): "Les foyers sur chape d'argile du village Bronze final de Laprade (TVG Méditerranée, Lamotte-du-Rhône, Vaucluse, France)", *Le feu domestique et ses structures au Néolithique et aux Âges des métaux. Actes du colloque de Bourf-en-Bresse 2000*, Éditions Monique Mergoïl. Montagnac, pp. 337-350.

BLAS CORTINA, M.A. de (1997): "El arte megalítico en el territorio cantábrico: un fenómeno entre la nitidez y la ambigüedad", *III Coloquio Internacional de Arte Megalítico*, Brigantium, vol. 10, Museo Arqueológico e Histórico, Castelo de San Antón, A Coruña, pp. 69-89.

BLAS CORTINA, M.A. de y MAYA GONZÁLEZ, J.L. (1974): "Hachas pulimentadas en castros asturianos", *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 81.

BOSCH, A., CINCHILLA, J. y TARRUS, J. (1999): "La Draga un poblado del neolítico antiguo en el lago de Banyoles (Girona, Catalunya)", *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Valencia 1999*, *Sagvntum Extra*, 2, pp. 315-321.

BOSCH i LLORET, A., CHINCHILLA SÁNCHEZ, J. y TARRÚS i GAITER (coords.) (2000): *El poblament lacustre neolític de La Draga. Excavacions de 1990 a 1998*, Monografies del Casc 2, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Generalitat de Catalunya.

CARO BAROJA, J. (1982): *La casa en Navarra. II*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra.

DÉCENEUX, M. (2000): *Les objets du sacré*, Editions Ouest-France.

FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la meseta norte: el utillaje metálico. Investigaciones en Castilla y León*, Monografías, Junta de Castilla y León.

FERNÁNDEZ VEGA, P.A. (2003): *La casa romana*, Madrid, Akal Universitaria.

HUMPHREY, C. y VITEBSKY, P. (1977): *Sacred Architecture*, Duncan Baird Publishers Ltd.

MONTEAGUDO, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, München, PBF IX, p. 6.

RIBON, P. (1993): *Pierres qui guérissent*, Lyon, Editions Horvath.

VILLA VALDÉS, A. (2001): "Descripción de estructuras defensivas y trazado urbano en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime)", *Boletín del Museo Provincial de Lugo IX*, Lugo, pp. 367-419.

— (2002): "Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias" en M.A. de Blas y A. Villa (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Ayuntamiento de Navia-Parque Histórico del Navia, pp. 159-188.

— (2005): "Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión", *Boletín Auriense XXXIII*, 2003, Museo Provincial de Ourense, pp. 115-146.

VILLA, A. y CABO, L. (2003): "Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación" en *Trabajos de Prehistoria*, 60-2, pp. 143-151.

VIRI, A. (1985): *Histoire de notre image*, Genève.